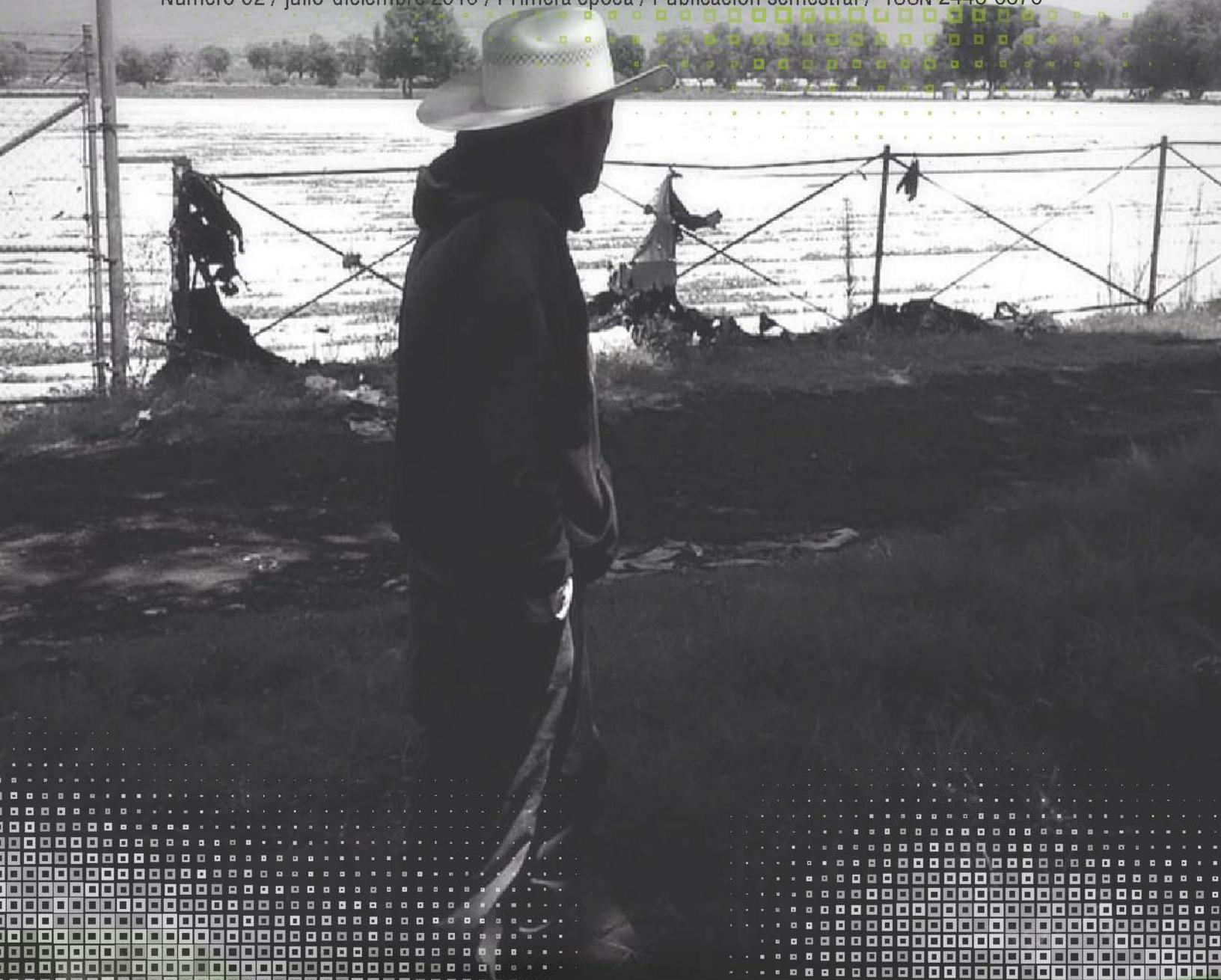


DIARIOS DEL TERRUÑO. REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD

División de Ciencias Sociales y Humanidades / Posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades
Número 02 / julio-diciembre 2016 / Primera época / Publicación semestral / ISSN 2448-6876





**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA**
Unidad Cuajimalpa

SEMMI

Seminario en Estudios
Multidisciplinarios sobre
Migración Internacional

División de Ciencias Sociales y Humanidades
Posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades

DIARIOS DEL TERRUÑO. REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD.
Primera época, número 2, julio-diciembre 2016, es una publicación semestral de la Universidad Autónoma Metropolitana a través de la Unidad Cuajimalpa, Coordinación de Extensión Universitaria. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Del. Tlalpan, C.P. 14387, México, Ciudad de México y Av. Vasco de Quiroga N° 4871, 8° piso, Col. Santa Fe Cuajimalpa, delegación Cuajimalpa de Morelos, C.P. 05348, México, Ciudad de México; Teléfono 58146560. Página electrónica de la revista <http://www.cua.uam.mx/publicaciones/diarios-del-terruno> y dirección electrónica: semmi.uam@gmail.com, Editor Responsable: Carlos Alberto González Zepeda. Certificado de Reserva de Derechos al Uso Exclusivo de Título No. 04-2016-022216361900-203, ISSN 2448-6876, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Rodrigo Rafael Gómez Garza. Unidad Cuajimalpa, Coordinación de Extensión Universitaria. Prolongación Canal de Miramontes 3855, Col. Ex-Hacienda San Juan de Dios, Del. Tlalpan, C.P. 14387, México, Ciudad de México, Fecha de última modificación: 20 de julio del 2016. Tamaño del archivo 2.5MB.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad Autónoma Metropolitana.

DIRECTORIO

Dr. Salvador Vega y León
Rector General

M. en C. Q. Norberto Manjarrez
Álvarez
Secretario General

Dr. Eduardo Abel Peñalosa Castro
Rector de la Unidad Cuajimalpa

Dra. Caridad García Hernández
Secretaria de la Unidad

Dr. Rodolfo R. Suárez Molnar
**Director de la División de Ciencias
Sociales y Humanidades**

Dr. Álvaro Julio Peláez Cedrés
Secretario Académico DCSH

Dra. Laura Carballido Coria
**Coordinadora del Posgrado en
Ciencias Sociales y Humanidades**

DIARIOS DEL TERRUÑO

Director y editor:

Carlos Alberto González Zepeda

Asistente editorial:

Eliud Gálvez Matías

Encargado de la edición:

Rodrigo Rafael Gómez Garza

Asistente de la edición:

Montserrat Castillo Torres

Administrador del sitio web:
Rodrigo Rafael Gómez Garza

Diseño editorial:

Mercedes Hernández Olguín
Carlos Alberto González Zepeda

Fotografía de portada:

Carlos Alberto González Zepeda

“Retorno a la nostalgia”

Tangancícuaro, Michoacán, 2016.

DIARIOS DEL TERRUÑO

Comité editorial: Mtro. Carlos Alberto González Zepeda (UAM-C), Mtro. Rodrigo Rafael Gómez Garza (UAM-C), Mtra. Sandra Álvarez (UAM-C), Mtro. Eliud Gálvez Matías (UAM-C), Montserrat Castillo Torres (UAM-C), Mtra. María Eugenia Hernández Morales (UAM-I), Mtra. Lucia Ortiz Domínguez (El Colef), Dra. Frida Calderón Bony (URMIS-Paris 7 Diderot, Francia), Dra. Cristina Gómez Johnson (CRIM-UNAM).

Comité científico: Mtra. Daniela Oliver Ruvalcaba (UAM-I), Mtro. Sergio Prieto Díaz (UIA-Ciudad de México), Mtra. Victoria López Fernández (UIA-Ciudad de México), Mtro. Christian Ángeles Salinas (El Colef), Mtro. Landy Machado Cajide (El Colef), Mtro. Gabriel Pérez (El Colef), Mtro. Alejandro Martínez Espinosa (El Colmex), Mtro. Eduardo Torre Cantalapiedra (El Colmex), Mtra. Adriana Zentella Chávez (UNAM), Mtro. Víctor Hugo Ramos (UNAM), Mtro. Joel Pedraza Mandujano (CIESAS-Occidente); Lic. Arturo Cristerna (CIDE), Patricia Jimena Rivero (CONICET, CEA-UNC, UAB), Mtra. Isolda Perelló (Universidad de Valencia, España), Dra. Alma Paola Trejo (Universidad de La Coruña, España), Mtra. Amandine Debruyker (Université Aix-Marseille / UCLA).

Contenido

6	PRESENTACIÓN
12	'EL ENTERRADOR' Y OTRAS MEMORIAS. HISTORIA ORAL DE LOS CENTROS DE CONTRATACIÓN DEL PROGRAMA BRACERO ABEL ASTORGA MORALES
36	TRIQUIS URBANOS EN SAN LUIS POTOSÍ DE MIGRAR PARA SOBREVIVIR A NEGOCIAR PARA VIVIR EN COMUNIDAD MARÍA ELENA HERRERA AMAYA
53	PRÁCTICAS TRANSNACIONALES DE LAS PERSONAS HONDUREÑAS EN TAPACHULA JORGE CHOY GÓMEZ
72	ESPACIOS DE TRANSICIÓN Y PRÁCTICAS CIUDADANAS EMERGENTES: LA CASA DEL MIGRANTE “SAN JUAN DIEGO CUAUHTLATOATZIN” JANET AGUILERA MARTÍNEZ

LOS PINTORES QUE ATRAVESARON EL MAR
LA PINTURA COMO HERRAMIENTA DE PROPAGANDA
POLÍTICA.EL CASO DE LAS “BIENALES
HISPANOAMERICANAS DE ARTE”
ALFREDO PEÑUELAS RIVAS

93

NOTAS CRÍTICAS

COLOMBIA: UNA EXPERIENCIA A COMPARAR
DESDE LA INICIATIVA DE LA REPARACIÓN A LAS
VÍCTIMAS

105

EMNA MYLENA QUINTERO NIÑO

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

BIOPOLÍTICA Y MIGRACIÓN
EL ESLABÓN PERDIDO DE LA GLOBALIZACIÓN
RAFAEL G. GARZA

113

NOVEDADES EDITORIALES

PRÁCTICAS TRANSNACIONALES DE LAS PERSONAS HONDUREÑAS EN TAPACHULA*

JORGE CHOY GÓMEZ**

RESUMEN

Este artículo argumenta que la comida, entendida como práctica, y la iglesia, entendida como institución, fortalecen los lazos con el país de origen de las personas que han decidido migrar o que lo han hecho en condiciones forzadas o involuntarias; en estas prácticas, se utilizan “objetos biográficos” que trazan la historia y proyectan la narrativa de la vida cotidiana en la que se inserta esta reflexión. Además, se argumenta también que estas prácticas y sus objetos biográficos son parte importante del proceso de integración a la sociedad receptora, que no son fenómenos contrapuestos.

Palabras clave: transnacionalismo, migración internacional, (in)migración hondureña, Frontera México-Guatemala

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este artículo es explorar los vínculos transnacionales que sostienen las personas migrantes de origen hondureño y sus descendientes, con sus localidades en Honduras, argumentando que dichos vínculos se mantienen y construyen de distintas formas, como la socialización en los mercados o las relaciones en las instituciones religiosas, y tienen un rol fundamental durante el proceso de integración de estas personas. Para analizar las distintas maneras en que se presentan, mantienen y desarrollan dichos lazos transnacionales y cómo es que estos juegan un rol durante el proceso de integración, es importante recordar que, como argumentan Levitt y Glick Schiller (2004: 62), los lazos transnacionales “no son incompatibles ni términos opuestos de relación binomial” con el proceso de integración. Según estas autoras, dichos lazos, pueden diferenciarse entre ‘formas de estar’ y ‘formas de pertenecer’ y que estas distintas maneras de asumir y construir la transnacionalidad y los espacios

* Este artículo es una versión ligeramente modificada de un capítulo de la tesis “Entre dos tierras: integración y transnacionalismo de personas migrantes hondureñas y sus descendientes en Tapachula, Chiapas”, del año 2013, realizada en el CIESAS Sede Sureste.

** Maestro en Antropología Social, actualmente docente de asignatura en el Instituto de Biociencias de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH).

en que se vive la transnacionalidad jugarán un papel en la vida cotidiana de los sujetos en el lugar de destino; en este caso, Tapachula.

El texto está dividido en tres apartados: en el primer apartado, expongo brevemente el caso de una iglesia a la que asiste asiduamente una familia hondureña y que propongo como un incipiente (micro)espacio social transnacional, al mismo tiempo reseño brevemente una contextualización de la comunidad de personas (in)migrantes hondureñas establecida en Tapachula que cada día está creciendo y se vuelve más importante para el mantenimiento de los lazos simbólicos con el país de origen. En el segundo apartado, exploró los significados de la comida como una conexión entre Tapachula y Honduras, a través de la noción de “objetos biográficos” de Hoskins (1998). El tercer y último apartado está compuesto de algunas reflexiones a manera de conclusión sobre lo expuesto en el artículo.

LA FE (SE) MUEVE (ENTRE) MONTAÑAS: LA RELIGIÓN Y LA IGLESIA COMO UNA CONEXIÓN ENTRE EL AQUÍ Y EL ALLÁ

En años recientes, la migración de nacionales hondureños ha incrementado su número en el territorio mexicano, pero su presencia, enmarcada en el flujo centroamericano, ha sido notada desde hace al menos dos décadas. Graciela Alcalá, en su libro *Con el agua hasta los aparejos* (1999: 125) afirma que, de acuerdo con las entrevistas realizadas con el Presidente Municipal y miembros de la cámara de comercio de la ciudad, en 1992 calculaban que entre el 15 y 20% de los habitantes de la mancha urbana eran inmigrantes, y que la mayoría de ellos eran centroamericanos, distinguiendo principalmente a los guatemaltecos, seguidos por los salvadoreños y hondureños. No obstante la (in)migración por y hacia Tapachula, el destino más buscado sigue siendo Estados Unidos, la cual tiene una historia más larga que hacia México. Daniel Reichmann (2004) divide la emigración de población hondureña en tres periodos: 1950-1990, 1992-1999 y post huracán Mitch (desde 1999 hasta estos días).

Así, Carolina Rivera (2009: 283) rastrea la creciente diversidad religiosa en el Soconusco, y en Tapachula, a partir de los movimientos poblacionales ocurridos en esta región fronteriza. De acuerdo con las consultas en estadísticas, la autora

argumenta que desde comienzos de este siglo bajó a casi la mitad el porcentaje que se adscribía como católico (de 90.7% entre 1970 y 2000, a 58.9% en el año 2000). Para la autora, una razón del descenso del catolicismo y un aumento en el protestantismo es la situación histórica de vecindad e intercambio comercial con Guatemala. Esto es, a partir del impulso Estatal de religiones protestantes en Guatemala, personas que cruzaban una frontera que no percibían como obstáculo para trabajar en las fincas cafetaleras y en el que había intercambios culturales. Estos intercambios, junto con proyectos evangelizadores que se fueron uniendo a la causa a lo largo de los años, sentaron las bases para la diversidad y gran oferta religiosa que se vive en el Soconusco y en su capital económica-política Tapachula.

Rivera hace afirmaciones importantes para este trabajo. Dice que la población soconusquense está “bastante secularizada en términos de su cotidianidad religiosa [...] el precepto religioso no es algo que vaya a definir en la toma de decisiones en la vida cotidiana” (*Ibid*: 287). Esta afirmación es importante porque las nuevas oleadas migratorias y el aumento de población no guatemalteca (léase hondureña, salvadoreña, nicaragüense) refuerzan esta hipótesis. Se trata de poblaciones que están en un proceso de integración en este territorio y en el cual se desarrollan estrategias de incorporación que están al alcance de la mano. Pocas instituciones están tan al alcance de la mano como las iglesias, que reúnen y refuerzan lazos sociales, aunque esto no significa que necesariamente se cambien prácticas religiosas. Tal y como Rivera lo afirma, se trata de la región que, después de los Altos de Chiapas, es la que más ha crecido en población protestante (*Ibid*: 281).

La iglesia no sólo se convierte en un espacio de práctica religiosa (en el sentido de fe y espiritualidad), las personas hondureñas no necesariamente han seguido una trayectoria de feligresía incondicional: estos espacios también son lugares de reunión para conseguir información de la política actual, la búsqueda de parejas, las oportunidades económicas, a través de préstamos, por ejemplo.

Para explorar el rol de una congregación religiosa en el proceso de integración, utilizaré el caso de Beatriz, quien pertenece a la iglesia cristiana “Todah”, ubicada en el norte de la ciudad de Tapachula. En La Lima, departamento de Cortés, en Honduras, su familia y ella asistían regularmente a una iglesia católica. Vino a Tapachula, en su paso

a Estados Unidos, movida por la mala situación económica de su familia, y lleva casi 20 años aquí. Vive con sus cuatro hijos (dos hondureños y dos mexicanos) y en Tapachula también se encuentra otra hija, Liliana de 16 años, quien está casada y tiene una hija de siete meses.

Toda la familia de Beatriz en Tapachula asiste a la misma iglesia cristiana. Beatriz me dice que empezó a asistir a la iglesia hace cuatro años, cuando su situación económica empeoró al grado de estar a punto de perder la casa que les heredó a sus hijos su fallecido esposo mexicano. Desesperada buscó ayuda con una persona allegada al Consulado en Honduras, quien a su vez le recomendó platicar con otra conocida hondureña que asistía a una iglesia cristiana. Al principio fue un poco reticente a la idea de asistir a una iglesia cristiana, pero su situación y la insistencia de esta persona la convencieron. Antes de asistir por primera vez llamó a Honduras a su mamá para explicarle, pues su familia es muy devota católica y esto podría causarle problemas, sin embargo la familia entendió y concedieron su total confianza para que Beatriz pudiera “acercarse a Dios donde quiera, porque él está donde sea”. Un tiempo después de empezar a asistir a la iglesia, algo así como 6 ó 7 meses, según ella, las cosas empezaron a mejorar. A través del contacto con personas de la iglesia, primero hicieron una colecta para ayudarla con algunos gastos, y después ha podido formar parte de una asociación a la que pertenecen varios miembros de la iglesia que se dedica a la compra-venta de café.

La casa de Beatriz rebosa de símbolos que demuestran su vocación cristiana: la música de alabanza suena en todo momento y no pasa un rato sin que se escuche a Beatriz o a cualquiera de sus hijos entonar en voz baja las canciones; a menudo recuerdan que esas mismas canciones se escuchaban en Honduras, pero como la población católica con la que se relacionaban no las consumía, pues tampoco lo hacían en casa de la familia de Beatriz. Pero ahora sí lo hacen, y en algunos momentos me narra algún concierto que tuvo la oportunidad de ver en su tierra hace dos o tres años, con lo que también fue un pretexto para hacer un viaje y visitar a su familia. Así como la música, también es normal encontrar reflexiones bíblicas colgadas en la pared, en forma de imanes en el refrigerador, junto a la bandera de Honduras, que tampoco puede faltar.

Los domingos son los días más ocupados de Beatriz y sus hijos en cuanto a actividades en la iglesia se refiere. El servicio empieza a las 8:00 a.m. con una predica que dura una hora y media, dirigida generalmente por el pastor Robert. Antes, la líder Liset ha dirigido un mensaje de unos 15 minutos a todos los que en ese momento estén reunidos con avisos generales y una reflexión de las actividades en días pasados.

Robert y Liset son tapachultecos, tienen 52 y 49 años respectivamente, y 25 años de servicio en la iglesia. Ellos me explicaron que la iglesia es cristiana bautista y que tiene su sede en Estados Unidos, aunque los primeros predicadores vinieron de Guatemala. Al principio, Robert y Liset recuerdan que rentaban un predio al que le cabían 50 personas y que eran muy “mal vistos” por toda la gente cuando realizaban los servicios, ya que “la gente no estaba acostumbrada a los cantos, a las liberaciones,¹ a los gritos de júbilo”. En esos tiempos, los servicios sólo se realizaban los días domingo. Tres años después, han podido rentar otro con capacidad para 250 personas y sólo dos años más tarde, han tenido que rentar uno donde pueden congregarse 450 personas, que es donde actualmente se reúnen. Según comentan Robert y Liset, la iglesia ha crecido tanto que ya tienen algunas sedes en Villa Comaltitlán, Acapetahua, Tuxtla Chico y otra en Huixtla. Ellos, junto con algunos miembros de la iglesia, han tenido la oportunidad de gestionar los recursos yendo hasta la sede en Los Ángeles, Estados Unidos. De igual manera, también han gestionado la incorporación de la sede en Tapachula a la “Universidad de la Iglesia Todah”, en donde se ofrecen Licenciaturas, Maestrías y Doctorados en Misionología,² que también se imparten en las sedes de Guatemala, Honduras, El Salvador, Colombia y Argentina, esto con un costo de aproximadamente \$1,200 pesos mensuales, mismos que sólo se utilizan para los materiales de estudio. Beatriz, de quien ya hemos hablado, actualmente está estudiando la Licenciatura en Misionología.

Cuando al preguntarle a Robert por qué la cada vez mayor afluencia de centroamericanos a la iglesia, me respondió:

¹ Los actos de catarsis que surgen en algún momento del servicio.

² Robert y Liset me han explicado que la carrera de Misionología es diferente de las carreras como Teología por su orientación eminentemente práctica y enfocada hacia la difusión de la palabra de Dios en un contexto de globalización. Esto es, en sus propias palabras, “una forma más avanzada de evangelizar”.

Porque son los que más lo necesitan. Porque aquí no se les persigue, se les da su lugar como hijos de Dios, ellos son iguales a cualquiera y tienen que trabajar para agradarle a Dios. Son muy trabajadores, tienen que trabajar el doble porque han salido de su tierra con esperanzas y éstas esperanzas se las han matado a veces en su camino hasta acá. Aquí ellos no se meten en problemas, son gente de toda mi confianza. Gente muy *chambeadora* (Tapachula, noviembre de 2011).

Por otro lado, los hijos de Beatriz también están involucrados en varias actividades en la iglesia. Alberto, de 12 años, está en la banda de alabanza de la iglesia y es miembro del grupo de jóvenes predicadores de la iglesia; Fernando, de 20 años, también está estudiando la Licenciatura en Misionología y es miembro del grupo coordinador de los retiros espirituales para jóvenes que se realizan cada cuatro meses en las diferentes sedes de la iglesia en el Soconusco; Arturo, de 24 años, asiste cada domingo con su familia a la iglesia pero no está muy involucrado en otras actividades porque su empleo como velador de la misma iglesia a la que asiste no le permite asistir a varias actividades que se realizan en su horario de trabajo, que es a partir de las 6 de la tarde, todos los días, hasta las seis de la mañana.

Acompañé varias veces a Beatriz y su familia a la iglesia y en esas visitas charlé con algunos de los centroamericanos que asisten. La mayoría coincidió en que la iglesia era uno de los pocos espacios donde no sólo se sentían a gusto por practicar su fe, también porque había mucha gente que había sentido lo que ellos por salir de su país. Una de estas personas, Don Toño, originario de Nicaragua y que lleva 15 años en Tapachula, me dijo:

La gente aquí nos respeta porque saben nuestras historias. Saben que venimos de lejos y que venimos a trabajar. Aquí primero nos dicen 'bienvenidos' y después preguntan de dónde eres, allá afuera es al revés. [...] somos bastantes [centroamericanos] y por eso es que también me gusta venir, porque a veces siento como si estuviera allá [en Nicaragua] (Tapachula, noviembre de 2011).

La iglesia no sólo se convierte en un espacio de práctica religiosa, también se vuelve un espacio en donde se pueden compartir experiencias que conectan dos o más tierras. A menudo, en las pláticas con varios de ellas y ellos, se referían tanto a los familiares que dejaron en sus países de origen como a los que han podido cruzar a Estados Unidos, refiriéndose a, por ejemplo, cómo en Honduras asistían (en varios casos) a la iglesia católica pero en esa iglesia, debido a su "arcaico" modo de enseñar las sagradas escrituras, no se animaba a la gente a practicar debidamente su fe y a

compartir esta práctica con sus compañeros(as). También se hacía referencia a la idea de que varios de los que tienen familiares en Estados Unidos mantienen la práctica de asistir a la iglesia, cualquiera que sea, y con eso “no se olvidan de las buenas costumbres que se les había inculcado en Honduras”; otros, que no asistieron a una iglesia en Honduras, también surgían en las pláticas en donde se celebrara su acercamiento a las iglesias.

Otro ejemplo de cómo éste es un espacio de conexión con el aquí y el allá es el surgimiento de una identidad regional por encima de la nacional: a menudo, cuando miembros mexicanos me presentaban personas originarias de Centroamérica, se referían a ellos como “los hermanos centroamericanos” y, aún de forma más interesante, entre estos últimos también se llamaban así. Se trata, pues, del fortalecimiento de lazos con el origen, de la cohesión y de la trascendencia de esa cohesión, de la creación de una identidad “centroamericana”, una identidad colectiva que permite formar una identidad social. Es decir, considerando a la identidad nacional, a la adscripción a un Estado-nación, como parte de la identidad individual, la creación de una identidad regional, esto es, que incluye a la del territorio, tiene implicaciones muy importantes para la integración de estos sujetos en un espacio social en permanentemente re-construcción. Los hijos de Beatriz se mueven en un (micro)espacio social transnacional, no sólo porque se reúnan migrantes centroamericanos, sino porque la iglesia a la que asisten es una institución que rebasa los límites del estado mexicano, tal y como lo hace la fe que practican. Dicha fe y espacio que traspasa fronteras, que va más allá del Estado-nación, es un recurso para la integración, al brindarles sentido de pertenencia al lugar de destino.

Peggy Levitt (2007) afirma que las religiones y la inmigración en Estados Unidos, así como en otras partes del mundo, están cambiando la forma en la que los inmigrantes están integrándose en las sociedades. Las iglesias y religiones, como empresas globalizadas, dice Levitt, permiten que las personas que ingresan a esas organizaciones, no sólo se integren a la sociedad receptora, sino que además mantengan una comunicación regular con el lugar de origen, a través de la exportación/importación de valores comunes a la religiones y sus prácticas, que no están exentas de ser una mezcla de símbolos de otras áreas de la vida de estas gentes,

re-configurando así también la práctica religiosa. En el caso de la familia de Beatriz, el asistir a la iglesia se ha convertido en una actividad fundamental para su vida en Tapachula. A partir de su ingreso a la iglesia, sus relaciones sociales se han extendido más allá de Honduras y México, son parte de una red internacional de feligreses y a menudo tienen contacto con personas de otros países que llegan a Tapachula como integrantes de la iglesia, quienes alimentan el imaginario de Beatriz y su familia sobre la diversidad de experiencias que se concentran en la iglesia, lo que los hace reflexionar sobre la importancia del contacto que mantienen con Honduras y de la situación que los hizo emigrar desde ahí y la trayectoria que han tenido.

La iglesia y la religión, lejos de ser fundamentalmente una práctica de fe, se ha convertido para estas personas en un colectivo de donde se pueden asir y a quienes pueden pedir apoyo cuando los tiempos son turbulentos y, cuando la oportunidad aparece, también extender la mano a quien se los pida. Mis argumentos en este sentido no pueden generalizar, pero el ejemplo de la familia de Beatriz puede mostrar que la iglesia puede fungir como espacio en donde cada vez más hay la oportunidad de formar una comunidad centroamericana. Las bases, como lo he sugerido, están ya establecidas: una sólida estructura de instituciones como la iglesia “Todah”, las redes sociales consolidándose formando una identidad regional por encima de la local, el activo involucramiento –ejemplificado por la familia de Beatriz– cobijado por la población de la iglesia. En este punto valdría la pena señalar, como bien lo hace Levitt (2007), la importancia de hacer cada vez más estudios que incorporen la esfera de las prácticas religiosas y la institución de la iglesia como una perspectiva que abone al estudio de la migración transnacional.

LO RICO DEL TRANSNACIONALISMO: LA COMIDA COMO SÍMBOLO DE LA CONEXIÓN ENTRE EL AQUÍ Y EL ALLÁ

En todos y cada uno de los hogares donde conocí y regularmente visité a las personas participantes en esta investigación, tuve la oportunidad de sentarme a la mesa con ellas y disfrutar de los alimentos que preparaban. En esas visitas, los guisos a menudo se volvían centro de anécdotas, intercambio de experiencias, añoranzas de las comidas de ayer y realidades de lo que se come hoy. La interacción familiar en torno a

este evento tenía algunas particularidades que me permitieron observar un poco más de cerca cuáles son los discursos que enlazan el aquí con el allá.

Posiblemente, la comida es uno de los símbolos de mayor arraigo entre aquellos que han salido de sus países y han llegado a vivir a otro. Las personas hondureñas en Tapachula no son la excepción. Aunque la gastronomía hondureña no es diametralmente opuesta a la mexicana, y menos en la costa chiapaneca, es de llamar la atención que las esferas de la vida en la que la comida está implicada permite a estos sujetos poner en juego ciertas estructuras e invocaciones de la identidad que, aunque en continua transformación, otorga pautas de conducta y respuestas a situaciones que conectan su vida ahora en Tapachula con el contexto del país de origen. Situaciones tales como opiniones del estado sociopolítico del terruño, las similitudes de Tapachula con regiones de Honduras, las personas jóvenes de aquí y las de allá, lo que acontece en el trabajo y la escuela en Tapachula y lo que acontecería si se hubieran quedado en Honduras, son algunas de los temas que se “ponen en la mesa”. La comida y lo que acontece a propósito de su consumo, son objeto de análisis en este apartado.

Se trata de una actividad que no sólo tiene cabida en lo familiar, también conecta personas que se han quedado en Honduras, instituciones de las que se rodean en este momento, revisiones de las trayectorias y los planes a futuro. Así, la comida como la interpreto en la vida de estos sujetos, al igual que muchas actividades cotidianas que parecieran espontáneas, tiene una manera de proceder y es un cúmulo de pasos bien estructurados que tienen como objetivo el mantenimiento de vínculos. En los siguientes apartados, de forma estructurada y advirtiendo que no siempre se me ha narrado así, expongo las conexiones que hacen de la comida uno de los símbolos de la transnacionalidad en la que viven estas personas.

De compras en el (super)mercado

Tapachula cuenta con una gran oferta de supermercados, establecimientos de tamaño medio y los tradicionales tianguis, en donde se pueden encontrar desde vegetales y frutas hasta herramientas para la agricultura. Generalmente la población que acude a estos establecimientos no se limita sólo a uno de ellos, puede acudir a cualquiera si

“ha escuchado” que los precios están mejor en tal o cual lugar. Lo cierto es que esto también está definido por la cercanía de estos establecimientos a sus colonias o casas y por la variedad de productos que puedan encontrar, dependiendo de sus necesidades.

Shinji Hirai (2009) afirma que los migrantes mexicanos, como actores de una migración transnacional, son grandes consumidores en un (super)mercado en el que la nostalgia es uno de los tantos productos que reafirman, al mismo tiempo que debaten, los lazos con el terruño que han dejado al salir de México y que imaginan y reconstruyen cuando llegan a Estados Unidos. Su argumentación se basa en la gran cantidad de objetos y símbolos que circulan entre Jalostotitlán y el sur de California y la forma en que son producidos, apropiados, consumidos y re-producidos para mantener estrechos lazos entre estos dos territorios. Hirai apunta que el detonador y coadyuvante de esta oferta y demanda de productos nostálgicos es el crecimiento urbano y demográfico que tuvieron en las últimas cinco décadas localidades como Anaheim y La Habra, en el condado de Orange (espacio de residencia de los jalostotitlenses donde Hirai hizo trabajo de campo), asociado a la industrialización de lo que antes era un paisaje laboral agrícola, donde los oriundos de Jalostotitlán habían cultivado un nicho laboral que databa del inicio del *programa bracero*.³ Este crecimiento urbano y demográfico hizo que la población de origen jalostotitlense –y mexicano en general– fuera un importante mercado donde podrían aprovecharse los productos étnicos, resultando en una cantidad importante de negocios (supermercados) en los que no sólo se venden productos de origen mexicano, sino un importante transporte al terruño que se ha dejado atrás (Hirai, 2009).

En el caso anterior, los jalostotitlenses participan en una lógica de oferta-demanda de productos nostálgicos que refuerzan los lazos transnacionales entre sus localidades en Estados Unidos y México, a través de un mercado institucionalizado inserto en el paisaje étnico global al que se refería Appadurai (1991). En el ejemplo de

³ El Programa Bracero inició en 1942, con la participación de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, y terminó en 1964. El programa se caracterizaba singularmente porque “sólo fueron contratados hombres, es decir, se aplicó una selectividad genérica estricta; los contratos debían ser temporales, en otras palabras, eran migrantes de ida y vuelta, y finalmente debían tener como lugar de origen el medio rural y como lugar de destino el medio agrícola.” (Durand y Massey, 2003: 47).

Hirai, él localiza esta lógica en un supermercado propiedad de una familia de origen mexicano que migró hacia los Estados Unidos a mediados del siglo pasado. Los centroamericanos, y por ende las personas hondureñas, aún no son partícipes de un mercado de esta magnitud en Tapachula, pues las condiciones económicas-políticas no han permitido que negocios de estas personas florezcan hasta alcanzar esas cotas de mercado.

Sin embargo, existen mercados más pequeños (físicamente) en donde las personas hondureñas acuden: el informal, el de las redes más locales y que actúan a nivel regional. En este sentido, son los mercados municipales o tianguis donde mayoritariamente venden personas mexicanas, las viajeras,⁴ otros hondureños dueños de negocios, los que sirven de enlace entre lo que se desea y se puede consumir. Son, pues, un (micro) mercado de la nostalgia.

Un ejemplo de la utilización de este mercado lo ilustra Marialma, de 43 años, quien tiene 11 años de vivir en Tapachula. Ella migró desde San Pedro Sula, la capital industrial de Honduras, en donde trabajaba en una empresa de muebles y tapicería. Este último oficio lo sigue desempeñando en Tapachula, ahora ya con un negocio propio. Vive con su hija Alina, de 14 años. Alina y Marialma viven solas en Tapachula, su otra hija (Yeni, 22 años) vive en Nueva York con otros parientes y el hermano mayor de Alina (Mainor, 26 años) volvió a San Pedro Sula después de haber estado un año en Tapachula porque “extrañaba demasiado Honduras”. Alina y Marialma viven en una casa que rentan por \$1,200 pesos al mes y que acondicionaron como el negocio de tapicería con el que ahora se ganan la vida, mientras Alina estudia la secundaria en un centro escolar público en el centro de Tapachula. Ambas están regularizadas migratoriamente y ambas coinciden en que sólo los primeros meses son difíciles de vivir en Tapachula, después “las cosas se van dando”. Marialma cuenta que una de las cosas que le permitió y aún le permite sentirse a gusto a medida que va pasando el tiempo en Tapachula, son los días de hacer mercado:

⁴ Personas, en su mayoría mujeres, que se dedican a transportar diversas cosas (recuerdos, comida, dinero, entre otros) de un país a otro. Su uso es ampliamente difundido en Centroamérica.

Hallar plátanos verdes, crema, coco, ha sido bien fácil. Tengo mi marchanta que siempre me guarda esas cosas porque sabe que las utilizo mucho pa' mi comida y así ya no tengo que andar buscando. Yo paso mucho tiempo en la cocina, a mi hija le gusta que yo haga comida de allá: le hago tajadas de pollo, mariscos con coco, baleadas hago todo el tiempo (Tapachula, octubre de 2011).

Por su parte, Alina me narra una anécdota que tiene que ver con los sabores que esperaba encontrar cuando llegó y los sabores que ahora disfruta:

Cuando mi mamá me dijo que nos veníamos pa' Tapachula me emocioné porque yo siempre quise probar los famosos tacos que en Honduras escuchaba. El primer día cuando cruzamos por Ciudad Hidalgo le dije a mi mamá 'yo quiero ya comer tacos'. Mi mamá me dijo que me esperara a llegar a Tapachula, que faltaba poquito y que aquí [en Tapachula] eran más ricos. Cuando llegamos nos bajamos cerca del parque y ahí compramos tacos en un puesto que está todavía ahí, me acuerdo que pedí 4 tacos porque tenía mucha hambre, les puse harta salsa, de todas las salsas, y mi mamá me quedaba mirando: me enchilé toda, me ardía la boca y la cara, sentía lo peor y mi mamá 'namás' se reía (risas). Ahora ya no me pica ningún chile, y ya no puedo comer casi nada sin chile porque no le encuentro sabor (Tapachula, noviembre de 2011).

Al preguntarle qué significaba para ella que su mamá hiciera comidas de Honduras, Alina responde que se siente como cuando vivían con su papá y hermanos y hermanas en San Pedro Sula. Me narra cómo desde que ella se acuerda, siempre han dicho que su mamá tiene el mismo sazón de su abuela y eso la hace sentirse cerca de quienes se han quedado en Honduras. No obstante, también me dice que le encantan los tacos y todo lo que tenga chile, y que desearía que hubiera más puestos de comida donde vendan comidas de Honduras mezcladas con la sazón de México.

Alina se refiere a algunos establecimientos donde venden comida "Hondu-Mex", de los que se pueden encontrar relativamente pocos en comparación con otras gastronomías, por ejemplo, la comida de origen chino. La comida "Hondu-Mex" poco a poco va ganando espacio entre los tapachultecos, donde hasta hace algunos años en el paisaje gastronómico de Tapachula se observaba un binomio: por un lado, la comida china que vino junto a la diáspora de esa nación a mediados del siglo XIX y principios del siglo XX;⁵ por otro lado, algunas sucursales de comida rápida propiedad de marcas de Estados Unidos (Domino's Pizza, Burger King, Subway, entre otras) que crecieron junto a la expansión de plazas comerciales en el oeste de la ciudad.

⁵ En el paso hacia la "fiebre del oro" en California y que, al cierre de las fronteras de Estados Unidos en 1882, tuvo como uno de sus puntos de enclave la región del Soconusco, aun cuando muchos de estos llegaron y se asentaron en la frontera norte y el noreste de México (Chong, 2006).

Marialma y Alina me dicen que cuando llegaron esperaban encontrar muchos productos centroamericanos por la cercanía con Guatemala. Los primeros lugares a los que acudieron a abastecerse de alimentos fueron los centros comerciales que están en el oeste de la ciudad. A pesar de que este lugar no era cercano y significaba un gasto extra por los pasajes, decidieron ir porque habían preguntado en la calle dónde podían hacer las compras y la plaza comercial Crystal, en donde se encuentra Chedraui, era bastante atractiva. Sin embargo, pronto se dieron cuenta que en los centros comerciales era casi imposible conseguir productos de su tierra y pronto cambiaron de táctica: a través de los pocos conocidos de Honduras que vivían en Tapachula y de las personas que venden en el mercado “Sebastián” del centro, quienes saben muy bien que los centroamericanos son de los principales clientes con los que cuentan por su, dicen, “lealtad” a los productos “humildes” como ellos. Estos productos que consumen los hondureños (coco, plátano verde, arroz a granel, la harina para tortillas, principalmente) son diferentes de los que se pueden encontrar en los grandes centros comerciales en tanto proporcionan un contacto directo con la población local, intensificando las redes sociales que se están estableciendo cotidianamente.

No había desperdicio en las múltiples visitas al mercado en las que las acompañé. Primero, lo esencial, las verduras, el pollo, la carne. Tres eran los puestos donde se compraba, la plática que se alargaba casi a los 15 ó 20 minutos por compra, las preguntas de la familia, pero lo más interesante era lo que se platicaba:

- ¿Cómo está la familia allá [en Honduras]? Traigo tengo loroco,⁶ pa' que acompañe igual que allá.
- ¿Y qué será que las maras no vienen pa' acá pue'?
- ¿Cómo vio el partido de México contra Honduras?
- Acabo de venir de Honduras, traigo sandalias que se están usando allá.
- El otro día vino su paisana, me preguntó por usted.

Las quejas sobre los maridos, la educación de Alina y su rendimiento escolar, la preparación de una misma comida con diferentes ingredientes que se usan aquí y allá, los encargos a la vendedora cuando va a Honduras, eran las conversaciones usuales. Las pláticas, variadas en duración y temas, pero siempre con una mirada hacia

⁶ Aunque de origen salvadoreño, la ingesta de la planta se extiende a prácticamente toda la región centroamericana y es uno de los ingredientes infaltables en muchas de las comidas hondureñas.

Honduras, redundaban en la nostalgia y el añoro. Cuando preguntaba a Marialma por los precios y la conclusión era que se gastaba un poco más que ir a Chedraui o a cualquier otro supermercado, la respuesta era que en realidad ese dinero no era un gasto, era una inversión, que podía devolverse en favores diversos. Por ejemplo, llegó a comentarme que cuando la situación “aprieta”, algunas veces esas mismas personas le han dado fiado y ha podido pagarles semanas después.

Por ser Tapachula una ciudad enclavada en la costa de Chiapas, el parecido con los sabores de las comidas que preparaban las personas con las que trabajé me resultaba por demás exquisito. Los platillos, en su mayoría, tenían que ver con una mezcla de ingredientes agridulces: plátano, yuca, coco, pollo, loroco, mariscos. Esto era de llamar la atención, pues la mayoría de éstos y éstas inmigrantes no provenía de la costa del atlántico de Honduras, por los rumbos de La Ceiba, donde esos sabores tienen su origen, pero al estar en una zona costera en México, los sabores tienen una identificación recíproca y se ajustan al paladar.

Al margen del festín, las narraciones acerca de la comida, su parecido, la forma de preparar, los ingredientes, los utensilios, así como los momentos, siempre estaban presentes. Es decir, la comida y todo lo que le rodea, sirve como un puente entre el pasado y el presente, así como entre un territorio y otro. Janet Hoskins (1998), quien realizó trabajo de campo en la comunidad kodi en Indonesia, confiesa que sus informantes no narraban sus historias de vida y sus identidades como algo que estuviera esperando que el investigador descubra, recolecte y transcriba, sino que narraban las historias de ciertos objetos que ellos valoraban y sus historias de vida de una manera inseparable. Señala que las biografías se forman y se narran alrededor de objetos, y que para ellos los objetos son vehículos para definir sus identidades. Denomina a los objetos que tienen este papel formador de biografías e identidades como “objetos biográficos”. En el caso de los hondureños, la comida se convierte en un objeto biográfico, pero éste no sólo es un símbolo de lo que fue en el pasado, además representa una conexión con otra tierra en el presente. También, este “objeto biográfico” está continuamente reconfigurándose, de tal forma que es parte activa de la vida cotidiana en los migrantes y sus descendientes, de la biografía que aún se está escribiendo.

REFLEXIONES FINALES

Hasta aquí, uno de los principales argumentos del artículo es que los vínculos transnacionales pueden tomar diferentes formas y que son una parte muy importante para el proceso de integración. La iglesia, por ejemplo, se convierte para el caso de las personas hondureñas en Tapachula, en un espacio de socialización que permite fortalecer vínculos con la vida pasada en Honduras. También permite ser parte de una identidad regional, una identidad centroamericana, una herramienta que fortalece el sentido de pertenencia, al mismo tiempo que abre posibilidades para la integración en la sociedad de destino, en este caso Tapachula; aquí se juntan poblaciones de diferentes orígenes nacionales, se crea una pertenencia regional centroamericana, sin embargo los lazos con otros mexicanos también se fortalecen. Durante la observación en el trabajo de campo y de acuerdo con los testimonios recabados, las relaciones de jerarquía con los mexicanos no se observan a simple vista, al parecer no se hace diferencia, pero un trabajo mucho más profundo en este aspecto podría ofrecer más datos al respecto.

Los sujetos de las nuevas generaciones llaman a un transnacionalismo más “fresco”, en el que los vínculos se encuentran de manera sólida pues han dejado atrás no sólo familiares, sino también amigos y pares en la escuela, parte de su educación escolar y una serie de normas institucionales que se reproducen en el grupo doméstico (como el “hacer” comida hondureña) y esto los mantiene fuertemente vinculados a Honduras aunque al mismo tiempo deseen explorar los sabores de la tierra donde al parecer se establecerán de una vez por todas. Siguiendo esta idea, Andrew Buckser (1999) afirma que la comida es uno de los símbolos de mayor distinción e identidad entre individuos y grupos; su estudio entre los judíos en Dinamarca muestra que a medida que pasa el tiempo, las comunidades étnicas que están cada vez más compenetradas con la sociedad de acogida van cambiando sus hábitos alimenticios. Esto, en otras palabras, quiere decir que están integrándose, y que los sistemas de categorización de la comida, pero a la vez de otros aspectos de la vida, están haciéndose cada vez más heterogéneos. La ‘hibridación’ en el gusto de

estos hondureños, que mezclan sabores en su gastronomía, es de hecho, un ejemplo palpable de que la integración y el transnacionalismo son compatibles.

Otra forma de mantener los lazos con el país de origen tienen que ver con los estados emocionales y su relación con el tiempo. Shinji Hirai plantea la idea de que los migrantes mexicanos en California tienen un “calendario emocional” (Hirai, 2009: 125). Aquí, la nostalgia cambia de acuerdo con ciertos períodos de tiempo relacionados con los eventos de la tierra de origen. Este “calendario” también está presente en los migrantes hondureños y sus descendientes en Tapachula. La principal fecha de nostalgia es en diciembre, fiesta de reunión familiar por excelencia. En estas fechas pude observar cómo las menciones acerca de la comida, la familia extensa, de los juegos, la ligera pero notable variación del clima en Honduras, eran cada vez más a medida que se acercaba el fin de año. Los eventos como enfermedad, sepelios, fiestas patronales, también están incluidos en este calendario. Aunque en varios casos los viajes se dan una vez al año, algunos van dos veces o tres, es mucho más fácil, no monetariamente sino por el tiempo y la distancia (que redonda en el tiempo), que venir, por ejemplo, de Estados Unidos y Canadá.

Por otro lado, también está presente el mercado económico-transnacional que actúa como un enlace con la tierra de origen. Aunque con algunas diferencias, el supermercado de la nostalgia de Hirai (2009) me sirve aquí como punto de comparación. Primero, está claro que no existen condiciones para hablar de este supermercado en Tapachula para centroamericanos, y específicamente para personas hondureñas. Dada la paradoja de su invisibilidad en los números pero su presencia cada vez más notable en el paisaje urbano de Tapachula, la economía política de la relación mercado-población objetivo no está desarrollada de la manera en como la encontramos en el ejemplo de los jalostotitlenses en California, sea esto por el incipiente reconocimiento a nivel estatal o por la insuficiencia del capital social de la población centroamericana para organizarse y constituirse civilmente en aras de hacer visible su presencia como sí lo hacen, por ejemplo, en Estados Unidos o en el centro de México.

Segundo, los mercados que no pertenecen a grandes corporaciones, algunas transnacionales y otros con presencia nacional solamente, pero que están insertos en

la dinámica económica y social regional (como son los mercados municipales) tienen, aquí sí, una presencia fundamental para la integración en Tapachula y el mantenimiento de lazos con la tierra centroamericana. Sin el ánimo de un apología y encumbramiento de lo “tradicional” y “folclórico” en las ideas de los tianguis, la diferencia radica en la cercanía, el afecto, la atención personalizada, que permiten una interacción que no puede ser en los Chedraui o los Walmart. En estos últimos, la transacción económica es altamente impersonal: usted entra a la tienda, de entre las decenas de pasillos se dirige a lo que usted necesite, lo toma; si lo ha necesitado, lo mete en la canastilla donde lleva otros productos; todo esto la mayoría de las veces sin cruzar palabra alguna con algún empleado de la tienda. En el otro extremo, los mercados de raigambre local y la relación cara a cara en la transacción: aquí el vender y comprar no sólo está mediada por la moneda, las pláticas, el humor, el ruido, el encargo de ingredientes, la pregunta amable por la familia, se comportan como vehículos que no sólo advierten una aceptación del uno por el otro, también hace las veces de un viaje a la tierra de origen en donde se reconstruyen emociones, espacios, experiencias. Otro ejemplo: la mayoría de los supermercados cuenta con un departamento de productos “internacionales”: vinos chilenos, galletas estadounidenses, cervezas alemanas, quesos franceses, entre otros. Ninguno de ellos comercializa productos de origen centroamericano. ¿Por qué? La población de origen centroamericano, en las estadísticas, parece no ser un mercado atractivo para la comercialización de productos nostálgicos.

En resumen, este artículo piensa a la iglesia y a la comida como contraposiciones de los espacios públicos *versus* los privados. La práctica religiosa, entonces, como creencia íntima/privada, al encuentro de un espacio colectivo/público como lo es la iglesia en tanto institución. Inversamente, la comida, que se lleva de la calle/mercado al espacio íntimo de la casa para consumirse de manera privada. Estas son dos facetas –de entre muchas– del proceso de integración, sirven como articuladoras del fortalecimiento de los vínculos transnacionales y de la integración a la sociedad de destino.

Para terminar, hay que decir que a pesar de que en la mayoría de los ejemplos se trata de familias que han pasado ya por la reunificación después de un largo tiempo

de haberse separado, no significa que los lazos que los unen con su país de origen hayan desaparecido. Hay quienes regresan cada año para ver a los familiares más viejos y traen noticias de cómo le está yendo a los que se quedaron, permitiendo así la circulación de noticias desde la patria; algunos, han viajado una sola vez y no se mantienen en comunicación directa con los familiares en aquella tierra, sin embargo, reconstruyen el viaje que hicieron para evaluar su situación actual y la de su grupo doméstico y de ese modo mantienen presente el terruño. Otros más, no han regresado desde que vinieron de Honduras, no obstante, conviven cotidianamente con quienes recién han emprendido el viaje en el sendero que ellos antes caminaron y así rememoran el pasado en la tierra que han dejado. Ésta es una forma más de estrechar lazos con el país de origen y al mismo tiempo ayuda integrarse a este espacio, identificando la heterogeneidad social y cultural, así como haciendo empatía con los paisanos, esto los hace sentirse iguales en dos aspectos: compartiendo la trayectoria migratoria de sus paisanos, en el caso de los que han venido de Honduras, e integrándose a un espacio en donde estarán en juego los recursos que poseen.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalá, Graciela, (1999), "Con el agua hasta los aparejos: pescadores y pesquerías en El Soconusco, Chiapas", México: CIESAS-Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas-Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo.
- Appadurai, Arjun, (1991), "Global ethnoscapes: notes and queries for a transnational Anthropology", en *Modernity at large: cultural dimensions of globalization*, Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 48-65.
- Buckser, Andrew, (1999), "Keeping Kosher: eating and social identity among the Jews of Denmark", en *Ethnology*, No. 38, Vol. 3, pp. 191-209.
- Chong, José Luis, (2006), *Hijo de un país poderoso. La inmigración china a América (1850-1950)*, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México [UNAM].
- Durand, Jorge y Douglas Massey, (2003), *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*, Ciudad de México: Universidad Autónoma de Zacatecas y Miguel Ángel Porrúa.
- Hirai, Shinji, (2009), *Economía política de la nostalgia. Un estudio sobre la transformación del paisaje urbano en la migración transnacional entre México y Estados Unidos*, Juan Pablos Editor/UAM-I: México.

- _____, "Supermercado de la nostalgia: la migración mexicana a Estados Unidos y la construcción de suburbios étnicos en el sur de California", en Valenzuela, Hugo y Barros, Magdalena (Eds.), *Migración y economía étnica*, publicación internacional en el marco de la Cátedra Ángel Palerm, México: (en prensa).
- Hoskins, Janet, (1998), *Biographical objects: how things tell the stories of people's lives*, Nueva York: Routledge.
- Levitt, Peggy, (2007), "Rezar por encima de las fronteras: cómo los inmigrantes están cambiando el panorama religioso", *Migración y Desarrollo*, pp. 66-88.
- _____, y Nina Glick-Schiller, (2004), "Perspectivas internacionales sobre migración: conceptualizar la simultaneidad", *Migración y Desarrollo*, segundo semestre, núm. 3.
- Reichmann, Daniel, (2004), "A case study of Honduran emigration to the United States and its significance to theories of social class", Paper prepared for delivery at the 2004 meeting of the Latin American Studies Association, Las Vegas, Nevada, U. S. A. October 7-10.
- Rivera, Carolina, (2009), "Predicación sin fronteras: de la difusión a la adscripción religiosa en el Soconusco", en *Migración y Creencias, pensar las religiones en tiempo de movilidad*, Olga Odgers y Juan Carlos Ruiz (Coords.), México: COLEF-COLSAN-Porrúa.

DIARIOS DEL TERRUÑO. REFLEXIONES SOBRE MIGRACIÓN Y MOVILIDAD

División de Ciencias Sociales y Humanidades / Posgrado en Ciencias Sociales y Humanidades
Número 02 / julio-diciembre 2016 / Primera época / Publicación semestral / ISSN 2448-6876